

Estar desnudo es estar despierto

Ana María Vargas

I

No quiero repetir lo que yo misma
dijera antes,
pero hablar frente al cuerpo
que se preparó
para vivir su propio destino
—su envejecimiento y quizá su propia muerte—,
me resulta ensordecedor y difícil de pronunciar.
Y no porque, al despojarme de las ropas
frente al espejo,
me asuste la desnudez
y la imperfección de las formas en el cuerpo. No.
Lo que me asusta es que
esa imagen es una confesión silenciosa
y toda confesión que carece de palabras
es también una sentencia
en la que no existe un defensor,
sino un juez que es uno mismo
devorando carne y conciencia sin piedad.

II

Estar desnudo es estar despierto.

Nos despojamos del rostro que es la piel
—la sombra de uno mismo, que es también
un enigma—,
y nos entregamos a la humildad
de la muerte, la derrota,
la complejidad de los placeres propios
y de los otros,
sin saber que la desnudez no es
totalmente íntima, ni solitaria.
Estar desnudo es crear un vínculo
sin retorno con el lenguaje,
con los extraños que lo habitan
desde otros mundos o
instantes en los que compartimos
la agonía y el insomnio;
la dulzura y la violencia. 